

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

MADRID, Sábado 21 de Diciembre de 1873

NÚM. 873.

AÑO III.

ADVERTENCIA.

A NUESTROS SUSCRITORES DE PROVINCIAS.

Con fecha 13 del actual hemos entregado a la casa del Sr. Ruiz González, del comercio de esta corte, los oportunos giros contra los suscritores a *El Eco de España* que se encuentran en descubierto en el pago.

Rogamos encarecidamente a los mismos se sirvan hacer efectivos dichos giros a su presentación, debiendo hacerles presente que con el fin de regularizar todos los asuntos de Administración hasta la época fija de 31 de Diciembre, se han adicionado a los trimestres respectivos la diferencia de dichos vencimientos.

CRONICA PARLAMENTARIA.

CONGRESO.

Muy poco interés ofreció en el Congreso la sesión de ayer tarde, que se pasó esperando un debate, que no pudo tener lugar porque lo impedía el que al mismo tiempo se estaba celebrando en el Senado. Así es que, leídos los decretos relativos a la modificación ministerial, y apoyados por el Sr. Cisa una proposición relativa a la unificación de la Deuda, y otra para que se declare libre el juego de suerte y azar entre personas mayores de edad, se entró muy tranquilamente en la orden del día, siendo a ratos tan escasa la concurrencia de diputados en el salón, como numerosa la de las tribunas, donde se esperaban, como hemos dicho, debates interesantes.

Durante algunos momentos se creyó que las esperanzas de los concurrentes no quedarían defraudadas. Leyéronse, como para ir haciendo tiempo, algunos dictámenes de la comisión de actas, en cuya discusión tomaron parte los señores Jove y Havia, Olave, Guardia, Coronel y Ortiz y Moreno Rodríguez; pero la sesión terminó muy luego sin otro incidente notable, con el anuncio que hizo el Sr. Rívera de que el Gobierno estaba ocupado en el Senado; pero que desahogado dar explicaciones al Congreso sobre la crisis, continuaría la discusión por la noche.

La sesión de la noche ha sido interesante por extremo. El señor presidente del Consejo ha expuesto su programa respecto a las reformas de Ultramar.

El Sr. Esteban Collantes ha pronunciado uno de sus mejores discursos, tratando ampliamente la cuestión de las reformas, y sobre todo la cuestión comercial, la cuestión de las harinas de Castilla.

Nuestro amigo ha estado lógico, como siempre, claro, enérgico y prudente. Publicaremos íntegro este discurso tan propio de la cuestión, tan patriótico, tan contundente, y que tanto se ha celebrado en la Cámara.

El Sr. Becerra, ministro de Fomento, ha contestado a nuestro amigo en un extenso discurso.

El Sr. Esteban Collantes defendió en una rectificación al señor general Lersundi, y el ministro de Fomento se apresuró a confirmar las palabras de nuestro amigo, procediendo con nobleza y buena fe.

El Sr. Ramos Calderón contestó también al Sr. Esteban Collantes.

Era la una y media de la noche cuando nos retiramos de la tribuna.

Borrascosa en extremo fué la sesión de ayer, cuyos incidentes vamos a referir brevemente.

A petición del Sr. Cervera, el presidente del Consejo dió explicaciones acerca de la crisis, manifestando que el Gabinete anterior creía, como cree el actual, que se deben llevar las re-

formas a Puerto-Rico; pero que no estaban de acuerdo en cuanto a la forma de llevarlas a cabo. Significó paso a paso la marcha de la crisis, afirmando que en altas regiones habían sido recibidas las reformas con gran satisfacción y tomo de aquí pretexto para elogiar las excelentes cualidades que para los radicales tiene el monarca democrático.

También hubo elogios para los ministros salientes así como para los entrantes, y frases de entusiasmo por la abnegación del Sr. Córdova que prefiere sacrificar sus opiniones, es decir, la pérdida de Puerto-Rico, a dejar la poltrona donde tan necesario es para la mayor prosperidad de carlistas y republicanos.

Y afirmando, por último, que antes de vacaciones llevará el Gobierno a las Cámaras el proyecto de ley de abolición de la esclavitud y de separación de mandos, creyó haber dejado tan complacido al Senado, que ya se disponía a pronunciar otro discurso de tan buen efecto en el Congreso, cuando el Sr. Suarez Inclán se levantó a poner el dedo en la llaga.

Con la elocuencia de la indignación el orador unitario manifestó su sentimiento por las declaraciones del Sr. Ruiz Zorrilla, y a bien hubo pronunciado algunas patrióticas palabras en favor de la integridad nacional, la presidencia le interrumpió con la campanilla.

Formuló luego el Sr. Suarez Inclán una pregunta que hizo dar un salto al presidente del Consejo, y fué, por decirlo así, la chispa que produjo el fuego. La pregunta estaba concebida en estos o parecidos términos: ¿Es cierto que ha habido excitaciones por parte de Gobiernos extranjeros para que se lleven a cabo las reformas? ¿Es cierto que las reformas sólo son efecto de presiones extranjeras?

Prueba de lo que la debieron molestar al Sr. Ruiz Zorrilla las preguntas del Sr. Suarez Inclán fué la intempestiva contestación que les dió, pues no se contentó con negar el hecho sino que quiso formular en sus palabras una censura al partido moderado. «No, porque no somos moderados», fué la contestación del presidente del Consejo; y aquí vinieron a coronar la fiesta los no menos intempestivos aplausos de republicanos y radicales; aplausos de que protestó enérgicamente el Sr. Suarez Inclán que, aunque increpado por los radicales, sostuvo con valentía las palabras que pronunciara.

Apagado el tumulto, el Sr. Ruiz Zorrilla, con voces desahucadas, volvió a la brecha calificando el discurso del Sr. Suarez Inclán de segunda edición del manifiesto publicado por la *Liga reaccionaria* contra la cual se levantaba la *Liga liberal*. Estas calificaciones parecían bien al Sr. Ruiz Zorrilla; pero estamos seguros de que la Nación sólo ve en la llamada *Liga reaccionaria*, un alto ejemplo de patriotismo donde se confunden cuanto son verdaderamente españoles.

Así lo manifestó también el Sr. Suarez Inclán, diciendo que no hablaba en nombre de un partido, sino para defender los intereses de la Patria. Hubo con tal motivo nuevas interrupciones de la presidencia y de la mayoría, después de las cuales habló el ministro de Estado, ensalzando las reformas hasta las nubes y asegurando que la paz de Puerto-Rico se debe a los reformistas.

Quiso rectificar el Sr. Suarez Inclán, y no bien habló de los diputados americanos que en las Cortes de Cádiz engañaron con sus palabras a aquellos legisladores, volvió la presidencia a llamarle al orden y se sentó anunciando una interpellación.

En gran aprieto puso al ministro de Estado, refiriéndose a una nota del general Sickles en que se hablaba de una conversación referente a las reformas de Ultramar, pero el Sr. Martos se escapó por la tangente, haciendo un extenso discurso, sin una contestación categórica.

La discusión siguió su curso con alguna más calma y cuando le tocó hablar al señor marqués

de Barzanallana, defendiendo al partido moderado de las acusaciones de que había sido objeto, lo hizo con mucho acierto y grande aplomo, dejándole en el verdadero lugar que le correspondía.

A última hora dió margen una proposición del Sr. Rojo Arias, que venía a ser un aplauso al Gabinete, a otro debate en el que tomó parte el Sr. Calderón Collantes y el Sr. Cervera para explicar el voto de la minoría republicana en favor del Gobierno, dándose por terminado el incidente y la sesión.

OTRA TEMPESTAD.

La que ayer se promovió en el Senado por la intemperancia del Sr. Ruiz Zorrilla fué de las más deshechas que registran los anales parlamentarios de esta tierra de tempestades. Qué es lo que sucede al presidente del Consejo de ministros, no lo sabemos ni lo adivinamos; pero algo grave debe de sucederle, porque se le ve descompuerto, exaltado y como fuera de sí desde hace algunos días.

Ayer, olvidándose de que era presidente de un Consejo de ministros, y como si estuviera en la Tertulia o en un club, en vez de contestar con la mesura y circunspección propias del puesto en que se encontraba, se permitió dirigir un insulto a todo un partido, con la sinrazón que le es habitual y con la absoluta falta de tacto político que le caracteriza.

Había pedido un señor senador que el Gobierno diese explicaciones acerca de los motivos de la crisis y de la conducta que se proponía seguir. Después de haber dicho cuanto tuvo por conveniente, sin que nadie le interrumpiera, habló el Sr. Suarez Inclán exponiendo los males inmensos que pueden ocasionar y de seguro ocasionarán las medidas en parte adoptadas y en parte en proyecto relativas a las posesiones de Ultramar. Sin salirse ni un momento de las convenciones parlamentarias, preguntó si algún Gobierno extranjero había intervenido o intervenía con sus consejos en la política seguida por el Gobierno en el convenio a las reformas.

El Sr. Ruiz Zorrilla, que pudiera haber contestado negando sencillamente o con toda la energía que tuviese por conveniente, le interrumpió bruscamente diciendo: «No; porque no somos moderados». La frase, muy aplaudida por la mayoría, pudo haber tenido una réplica muy sencilla: «Sí; porque sois radicales».

La ticsura del Sr. Ruiz Zorrilla no se avenía muy bien con los apuros en que después se encontró el Sr. Martos al contestar a la pregunta que le dirigió el Sr. Suarez Inclán acerca del contenido de cierto documento de que hace mérito en el libro verde presentado al Congreso de los Estados Unidos.

Según el Sr. Ruiz Zorrilla, los actuales ministros no proceden por inspiración de ninguna potencia extranjera porque no son moderados. Ya quisiera el Sr. Ruiz Zorrilla que su partido tuviera, en punto a independencia nacional, la gloriosa historia del partido moderado. Se conoce que la ha olvidado o que imagina que nadie se acuerda de ella; no de otro modo se comprende que saliese con tan impertinente como desatinada observación.

En 1842 y 1843 era tan visible y tan escandalosa la ingerencia de Inglaterra en los asuntos de España, que parecía no poderse hacer nada sin consultarla antes con su embajador. El sentimiento nacional, y no el sentimiento político de los partidos, fué el que arrojó a Esgarado de España: la recepción que tuvo en Inglaterra, las consideraciones de regente en actividad con que fué tratado aun por la misma Reina Victoria y su Gobierno, vinieron a demostrar que la Nación no se había equivocado.

Vinieron los moderados y la ingerencia inglesa tuvo que ceder: los progresistas se acogieron al amparo del embajador inglés, según

su costumbre; pero los moderados, que estimaban en mucho la independencia y dignidad de la Nación, expulsaron al embajador Mr. Bulwer, dando al mundo un alto ejemplo que nunca podrán ofuscar los radicales.

Poco tiempo después, en el mismo año 1845, los moderados, que no consentían que los italianos hiriesen el sentimiento nacional expulsando al Papa de sus Estados, enviaron a Italia una expedición para que contribuyese, como lo hizo, a la reinstalación de la Santa Sede: lejos de dejarse influir por otras Naciones, iban a influir en el extranjero, después de haber arrojado al embajador inglés, que trataba de influir en la forma que deben saber los radicales.

¿Qué diferencia de tiempos! Entonces los moderados impedían que el Rey del Piamonte realizara el sueño de su ambición, para lo cual se valía de los mismos instrumentos de que se valió después aquella ambiciosa casa; y años adelante no sólo consentían los radicales, sin una protesta siquiera, que la casa de Saboya realizara lo que los moderados contribuyeron a impedir que realizara, sino que van humildemente a pedir a un nieto de Carlos Alberto el hijo de Víctor Manuel que se digna ser su Rey, habiendo antes pedido a su padre que tuviese también la alta dignidad de conceder a España la inapreciable honra de concederle la suprema felicidad de que ciñera su corona un descendiente de los antiguos servidores de los Reyes españoles.

¿Cuándo hubieran consentido los españoles las influencias extranjeras que consenten los radicales? Ni una crisis total se ha resuelto dentro de las primeras veinticuatro horas de haberse iniciado, y públicamente se ha dicho siempre, que para resolverlas estaba jugando el telegrafo entre Madrid y Roma. ¿A quién se han debido los históricos *papelitos*? ¿Qué papel desempeñan los italianos que hay cerca de don Amadeo y que, según pública voz y fama constituyen su consejo áulico? ¿Cuándo hubieran consentido los moderados, secretarios extranjeros?

Ayer mismo *La Correspondencia* anunciaba que el Gobierno inglés ha felicitado al que preside el Sr. Ruiz Zorrilla por la política que ha adoptado respecto de las cuestiones de Ultramar: no puede darse elogio más triste para un Gobierno que blasona de no ser influido por ninguna potencia extranjera; no se hubiera propuesto el Gobierno inglés a dirigir semejante felicitación a un Gobierno moderado.

Si el Sr. Ruiz Zorrilla nada hubiese dicho que hiriese al partido moderado precisamente en asunto de independencia, que es donde más se ha enaltecido siempre, nada habríamos dicho tampoco, recordando hechos que nadie puede negar y que el señor presidente del Consejo debiera tener bien aprendidos.

Acercas de su conducta respecto de las cuestiones de Ultramar, es inútil hacer consideraciones: corre ciego y desatentado al precipicio, y en él se habrá de despeñar.

ÓRDEN PÚBLICO.

Como si el orden tuviera la culpa de las complicaciones de la política y de las dificultades que el ministerio encuentra a cada paso, ha estado amenazado de una manera formal durante las cuarenta y ocho mortales horas que las carteras de Hacienda y Ultramar han estado vacantes.

Si la crisis parcial ha puesto en peligro la tranquilidad pública, produciendo inmensa sensación en el barrio de Chamberí, ¿qué sucederá el día que Ruiz Zorrilla y todo el ministerio reformista ponga humildemente en manos de D. Amadeo la respetuosa dimisión de sus cargos?

Escalofríos da pensarlo. Dios haga que no tomen tan peligrosa resolución los señores ministros, hasta el año de 73. Preferimos que coman con tranquilidad el famoso pavo, a que

nos claven en el corazón las espigas del besugo.

En el Senado no se ha restablecido completamente la tranquilidad; antes por el contrario, la excitación va en aumento, y ayer tarde se oyeron voces subversivas; pero afortunadamente no ha ocurrido encuentro alguno desde anteaer, ni hay por consiguiente que lamentar nuevas contusiones.

En el Congreso se esperaba que anoche se turbase también la tranquilidad y circulaban rumores alarmantes sobre la vida ministerial del general Córdova.

En la Bolsa ha cesado el pánico, aunque no por completo. Los valores se han repuesto al punto, habiendo estas oscilaciones causado no pocas víctimas.

En cuanto a la insurrección carlista, poco podemos decir a nuestros lectores. Hasta ahora la insurrección navarra no toma las graves proporciones con que los periódicos carlistas la habían anunciado; pero esto lo explican diciendo que se ha dado orden para que no ingresen en las filas del ejército del Pretendiente más hombres que fusiles hay disponibles, lo cual nos parece algo cándido, porque puede muy bien suceder que cuando lleguen los fusiles se hayan acabado los hombres.

Anoche circulaban rumores de haber entrado en Berge y desarmado a los voluntarios la partida que manda Castells. También se decía, aunque no con tanta seguridad, que los carlistas habían entrado en Tortosa. Pero se sabe de positivo que todavía no han logrado ocupar a Barcelona, en cuya capital sigue imperando la autoridad del general Gamdine, sin extenderse más allá del recinto de la plaza.

La insurrección federal, como desde el principio ha sido pura broma, va de capa caída. Los consejos del Directorio, unidos a los de la propia conveniencia, van haciendo transigir a los más tenaces.

El orden, por consiguiente, está asegurado en todas partes y muy especialmente en Cataluña, donde apenas se conoce la familia radical.

ASUNTOS DE FRANCIA.

En la reunión celebrada el martes por el centro izquierdo de la Asamblea francesa, su presidente M. Ricard dió las explicaciones que había anunciado sobre su actitud en la célebre votación del 14 de Diciembre.

Conviene apreciar debidamente el carácter de la discusión que ha dado lugar a las explicaciones de M. Ricard, y la significación de la negativa del centro izquierdo a aceptar la dimisión de su presidente.

La discusión hizo patentes las disidencias interiores de esta fracción, disidencias que tienen fácil explicación. El centro izquierdo, especie de unión liberal, se formó de algunos diputados moderados del centro derecho y de la izquierda republicana. Si, en épocas tranquilas, los hombres de distintas procedencias saben llegar al ideal de la abnegación, se comprende que en tiempos de crisis cada uno de ellos procure defender lo que se acerca más a sus primitivas opiniones; por eso se ve a unos inclinarse a la derecha cuando ven los intereses conservadores en peligro, como a otros a la izquierda cuando creen a la libertad amenazada.

Esto sucedió en nuestro país, cuando se pusieron a discusión por la unión liberal, las leyes de Ayuntamientos y Diputaciones provinciales; los hombres de procedencia progresista, querían mayor latitud para estas corporaciones, al paso que los procedentes del campo moderado querían restringir las atribuciones de los Municipios y Diputaciones, resultando de aquí el principio de la disolución de aquel partido.

Eso mismo acaba de ocurrir hoy en Francia con el centro izquierdo de la Cámara.

El día antes de la citada discusión sobre las peticiones en favor de la disolución al

de sí mismo para atender a los demás; cuando se

vió constatar con palabras llenas de dulzura a los que le decían injurias; cuando se le vio pasar noche enteras a la cabecera de la cama de los enfermos, consolar a los afligidos, socorrer a todos los que tenían necesidad de socorro, entonces hubo que venir forzosamente en que aquel hombre respetable practicaba lo que decía en el pulpito a sus feligreses que debían hacer, y en que una religión que produce hombres semejantes, no puede menos de ser divina.

Poco a poco aquellas ovejas descarriadas fueron acercándose a su pastor; poco a poco fueron siguiendo sus consejos, y poco a poco fué viéndose llena el templo la iglesia que antes estaba casi desierta. Aquel varón evangélico tuvo la inexplicable alegría de poder decir en su interior que había ganado muchas almas para Dios; el trabajo era impropio, pero la recompensa era grande.

Para un corazón como el suyo, tan lleno de la misión que Jesús le había confiado, no había nada que pudiera valer tanto como aquel triunfo. ¿Qué le importaba a él ser desconocido de todo el mundo si su rebaño le seguía, obediente a su voz? El venerable sacerdote no andaba en busca de un brillante auditorio; le bastaba que su palabra hallase eco en aquellos corazones sencillos y rectos, que llenaban fielmente sus deberes.

El pensamiento de un alma que sufría, le quitaba el sueño. El digno párroco quería la felicidad de todos, no como se entiende vulgarmente esta palabra, sino esa felicidad que la religión tiene reservada para todos los suyos. A ejemplo de su Divino Maestro, tenía necesidad de buscar, a costa de las mayores fatigas, hasta encontrarla, a la oveja perdida.

Vió a Eduardo, y comprendió el instante por el que aquella alma tan hermosa se había dejado dominar por la desesperación.

(Se continuará.)

LAS CONSECUENCIAS

DE UNA ADOPCION

M. D. DE BOBEN

(Continuación.)

Su madre esperaba que trataría de informarse de su prima; pero Eduardo ni siquiera preguntó por ella. Nuestro joven volvió a tomar posesión de su cuarto sin comoverse, al menos ostensiblemente, y cuando su madre le preguntó sobre el valor de la herencia que había adquirido, contestó con bastante sequedad, que era más que suficiente para que él pudiera satisfacer todos sus caprichos y marchar a la par con los hombres más ricos del país.

Su regreso causó sensación, y se le buscó por personas que no le habían saludado hasta entonces, sin duda por lo mucho que se exageraron sus riquezas, como sucede siempre en casos análogos.

Con gran sorpresa de la viuda, Eduardo parecía muy ansioso de placeres los primeros meses después de su vuelta de Nueva-Orleans, y llevaba una vida muy agitada. Bien mirado por los oficiales que estaban de guarnición en Auch, se encontraba siempre con ellos en el café, en los paseos y en todos los parajes públicos a donde acudía mucha gente, afectando una ligereza muy impropia de su carácter, y hablando de todas las mujeres con el más soberano desprecio.

Un día se puso pálido al leer un periódico; había hallado en él un anuncio por el cual se sacaba en venta a pública subasta la casa que, como sabe el lector, había admirado Marta una vez, y deseado uese suya.

Al cabo de unas cuantas semanas, Eduardo dijo a su madre que estaba cansado de la vida de la ciudad, y que se retiraba al campo.

Vendió sus existencias, añadió, y venías a vivir conmigo. ¿Qué necesidad tenéis de fr amontonando escudo sobre escudo? Si lo hacéis por mí, hacéis muy mal: como yo no me casaré nunca, tengo más de lo que necesito para el presente; y para el porvenir. Vámonos de esta ciudad para no volver a poner en ella los pies.

—¿Y cómo te ha entrado ese horror tan repentino a la ciudad? le preguntó la viuda; hace poco parecía que estabas sumamente contento aquí.

—¡Bah! dijo Eduardo con ironía; al vulgo le hace uno creer todo lo que quiere. Yo hubiera sentido mucho tener aires de amante deshecho; ¡si se lo hubiesen escrito, a nuestra llamante marquesita, se hubiera puesto con eso muy hueca!

—¿Tú la amas todavía? dijo la viuda fijando en su hijo una mirada penetrante.

—¡Eso no! Lo que hago es avergonzarme de haberla querido tanto. ¿Venderse a un anciano achacoso por llevar cuatro trastos! ¡Qué horror! Por lo demás, la linda marquesita es, ni más ni menos, como todas las mujeres... ¡muñecas sin corazón! ¿Y quién hubiera podido pensar, añadió, que fueses vos quien la animase a cometer semejante felonía?

—¿Yo lo hice por ti bien?

—Por mí bien... Lo que habéis hecho es matar todas mis ilusiones. ¿Podeis estar orgullosa de vuestra obra! Pero no hay por qué recordar estas cosas; el mal está hecho, y es irremediable. Ahora, de lo que se trata es de llevar la vida del mayor modo posible. Estoy cansado de diversiones, y la sociedad me causa disgusto. Tengo hambre de soledad y de bienestar; quiero saborear estas dos cosas a mi placer en una casita donde en otros tiempos había soñado que sería feliz en compañía de esa mujer tan voluble: all

meditaré sobre el valor de las promesas de las mujeres; si quisiera acompañarlas, podréis hacerlo con entera libertad.

La viuda de Moch estaba sobrecogida al oír las sentidas palabras de su hijo. ¿Cuántos estragos debía haber hecho la pena en el corazón de Eduardo para obligarle a expresarse de esta manera!

Por primera vez, aquella madre se arrepintió de haber dado pie a su sobrino para que violara sus juramentos, y estaba con pena delante de su hijo.

La indignación que este manifestaba contra su prima por haberle vendido, le parecía justa y legítima. Lo mismo se sintió en los otros miembros.

Si hacer ninguna observación más, prometió a Eduardo que iba a marchar inmediatamente a reunirse con él en cuanto hubiese arreglado todos sus negocios.

Así lo hizo en efecto; pero la permanencia en la casa de su hijo no fué muy larga. Una enfermedad rápida se la llevó a los pocos meses de vivir en el campo.

Eduardo sintió su muerte porque era buen hijo, y se quedó completamente solo en el mundo. Este aislamiento iba siendo de día en día más de su gusto; había de toda sociedad, y jamás admitía las invitaciones que le hacían sus vecinos; ninguno de estos había travesado los umbrales de la linda casita de Eduardo. Absorto éste de continuo en sus tristes meditaciones, pasaba todo el día por medio de los campos. Los niños le tenían miedo, los aldeanos creían que estaba loco, y él pasaba su vida en una completa inacción.

